

La biblioteca de los amantes

El rico príncipe fatimí Mahmud al Dawla bin Fatik había recibido el aviso del cumplimiento del pedido de libros hecho al emperador de los griegos de Constantinopla. Eran bultos y bultos cuidadosamente envueltos por orden del príncipe en pieles dobles de camellos para que viajaran perfectamente reservados a través del mar y del desierto hasta su palacio de El Cairo.

El príncipe esperaba impaciente la llegada del envío.

Su esposa, la bella princesa Halip ben Asan, compartía con él su impaciencia y su amor se enriquecía noche tras noche con las confidencias de los libros que esperaba.

Los primeros títulos le produjeron una alegría exaltada, al ver que era la confidente del sabio poeta que había escogido por amante y esposo. Poco a poco el miedo la fue dominando. El tono con que el príncipe hablaba de sus libros era casi más admirativo que el que utilizaba cuando se refería a ella.

Tras los primeros meses de exaltación la admiración mutua había dado paso a la gozosa posesión. Y de las prácticas indias del amor había pasado a la descripción de los libros de su biblioteca -indios, chinos, persas, romanos, árabes- y sobre todo los que ahora esperaba, tras años de negociaciones y preparación. Por fin iba a recibir los libros de los griegos. La medicina, la geometría, la poesía de los antiguos conquistadores, el verso exaltado de los atletas y el amor secreto de las mujeres, la historia de ese pueblo... eran objeto de comentarios interminables. Durante el día el príncipe impartía justicia, gobernaba sus estados, aliviaba el dolor de los pobres y sometía el orgullo de los prepotentes.

Por la noche describía para su esposa esos trabajos y hacían el amor distendidamente comentando la belleza de la princesa y las maravillas de los libros que esperaba. Mientras hablaban, su cálamo recorría el cálido papiro del cuerpo de la princesa escribiendo en él los más bellos poemas. Cuando llegaba al delirio amoroso ella volvía a sentirse particularmente exaltada cuando él le aseguraba que era el más maravilloso de los libros que jamás había llegado a leer y acariciar.

Halip se distraía durante el día con sus damas y compartía con ellas las proezas amorosas de su señor, que se prolongaban entre bellos comentarios de libros exóticos que hacían más intenso el amor y más deseable a su dueño. Nunca les comentaba la punzada de los celos que los rollos de la biblioteca despertaban en ella, pues una vez pasado el momento a ella misma le parecía una locura impensable. Cada noche el príncipe le describía la interminable caravana que avanzaba lenta pero incansable. Le explicaba los mares, los países, las ciudades y los desiertos por los que transitaba. Desde Estambul a Éfeso, para bordear el mar Egeo hasta Pamukkale, para atravesar después la misteriosa región de las montañas horadadas de la Capadocia. La llegada a Siria, calculaba que un mes después de la salida, la celebró especialmente, porque era la entrada a la tierra de los fieles al profeta, lo que lo tranquilizaba. El gran sultán de Damasco era la garantía de la seguridad de sus libros, y el oasis de

Tadmor, junto a Palmira, la parada más reconfortante.

Después cruzaron otros desiertos y atravesaron silenciosos la gran ciudad muerta de Petra.

La dura ascensión del Gebel Musa, el Monte Sinaí de los cristianos, le daría ya la bienvenida a la tierra de Egipto desde sus más de dos mil metros de altura. Desde allí le describía los oasis donde reposaban sus tesoros junto al agua, el de Ein Khudra, el oasis verde de los espejos líquidos, refrescados y protegidos por dos aguerridos esclavos cada uno, que respondían con sus vidas de la integridad de la carga. Cada día se aproximaban de forma inexorable a su destino, que era un ala de la extensa biblioteca que les había preparado en su palacio junto al Nilo.

Las obras comenzaron el mismo día que le confirmaron la aceptación del extenso pedido. Cien copistas se destinaron en la biblioteca de Constantinopla a la transcripción de los ejemplares solicitados, que hacían turno las veinticuatro horas del día. Y cien obreros destinó el príncipe a embellecer el lugar donde se habrían de alojar. Los arabescos que enmarcaban los estantes fueron realizados por los mejores artífices de Egipto, estimulados por los más altos salarios y las más negras amenazas si no lograban superar la belleza de las copias de los libros realizadas por los infieles y encargadas a sus más hábiles calígrafos.

Otros cien tejedores se ocupaban de las alfombras y tapices que cubrirían los suelos y las paredes sin estantes. Como los arabescos, debían reproducir las más bellas asuras del Corán, de forma que los libros encontraran siempre su réplica y su destino en la alabanza y gloria del Misericordioso.

La coordinación fue perfecta, y apenas unos días después de acabada la obra de la biblioteca salía de Constantinopla una larga caravana de camellos engalanada que portaba el botín de los libros encargados por el príncipe. El primero transportaba su carga de geometría, ignorante del tesoro que Euclides y sus discípulos habían creado. Toda la geometría griega se bamboleaba segura sobre sus jorobas.

Arquímedes, el señor de los cuerpos flotantes, ocupaba con Los elementos, y sus aplicaciones, el segundo camello. El tercero era para Parménides y su discípulo Zenón de Eleas con sus aporías, y para otros contemporáneos, que tanto habían apoyado y combatido sus afirmaciones. El cuarto se destinaba a los atomistas, Leucipo sobre todo, que aportaron esa rara teoría de los espacios y la materia, que coincidía de una extraña manera con la antigua sabiduría india de los vedas, en las que los cinco elementos -aire, tierra, fuego, agua y éter- formados ellos mismos por átomos, o parmanus, constituían toda la materia.

El estado de la ataraxia, resultado de la búsqueda del refinado placer que conduce a la felicidad, de Epicuro, siempre le había llenado de curiosidad. Y ahora viajaba hacia él por las dunas del desierto.

Aristóteles, el de la obra interminable, ocupaba dos camellos, a los que seguían las bellas obras de Platón, por las que hace tanto tiempo suspiraba. Otros tantos animales portaban el relato de la guerra de Troya que los sabios de Grecia habían hecho poner por escrito.

Y así hasta cincuenta camellos, que transportaban poesía, historia, filosofía, juegos, leyes, astronomía, ciencias naturales, lapidarios, botánica, adivinación, magia, medicina, herboristería, dioses, teatro, geografía... Ocuparían otras tantas salas junto a las que ya ocupaban papiros egipcios, ciencias indias, escrituras persas y sobre todo los libros de los creyentes que inspirados por Alá añadían cada día nueva sabiduría a la que ya acumulaba el mundo desde tiempos inmemoriales.

Mahmud al Dawla bin Fatik no entendía el delirio incendiario del califa Omar, que le llevó a destruir la biblioteca de Alejandría, justificando su ignorancia con una frase piadosa en apariencia, pero blasfema en el fondo: “Si no contienen más que lo que hay en el Corán, es inútil y es preciso quemarla; si algo más contiene, es mala, y también es preciso quemarla”. Alá dotó a sus criaturas de inteligencia para que glosaran su obra y llegaran a comprender la grandeza de los dones que les había otorgado. Negar ese don y destruir ese esfuerzo de comprensión de la obra divina le parecía al príncipe el mayor de los sacrilegios.

Por eso se había propuesto reconstruir en el Cairo la gran biblioteca destruida en Alejandría, por los romanos primero, por los cristianos después y al final por los propios creyentes, hasta arrasar todos los vestigios de su existencia.

Él admiraba profundamente a los hombres que habían sido capaces de crear tan magna obra, los griegos. Por ello, entre tantos libros como ya poseía guardaba un lugar de privilegio para ese pueblo que puso la inteligencia y el libro por encima de todos los otros bienes que poseía.

Cuando supo por los emisarios de la proximidad de la caravana salió a recibirla con gran pompa de acompañamiento de sus visires y ulemas. La guardia personal del príncipe con traje de gala los escoltaba por las calles del Cairo, poniendo en todos los rostros los signos de admiración primero, y de interrogación después.

Quería dar a entender a todos que la sabiduría representada por los libros debía ser el fiel de su gobierno y de sus gobernantes.

Los rollos transportados por cada camello fueron cuidadosamente depositados por sus cuidadores ante cada estante preparado, que esperaba con sus medidas justas y su nombre enmarcado debajo. Después todos fueron despedidos y cerradas las puertas del palacio biblioteca, donde quedó aislado el príncipe durante treinta días y treinta noches, que era el tiempo del sawm del mes de ramadán que se había concedido para examinarlos y colocarlos.

Durante esos días la princesa se sintió marchitar. Fue el ramadán más triste de su vida. El ayuno santo le sirvió para disimular su ansiedad. Las noches eran una oscuridad interminable y durante el día desfalleció la conversación con sus damas. Los vestidos y las joyas dejaron de interesarle, al faltarle la alabanza de su señor, que destacaba entre todas ellas el brillo deslumbrante de sus ojos verdes.

Nunca se supo el motivo ni la forma.

La voz de alarma la dio el esclavo encargado de llevarle cada noche la comida. Cuando el mes santo

llegaba a su fin, comenzaron a aparecer sin tocar las cenas que depositaba en la primera habitación de la biblioteca, la única que estaba autorizado a pisar. La primera noche pensó que el príncipe estaría desganado; la segunda, que no habría sido de su agrado la comida. La tercera ya comenzó a preocuparse seriamente y temió llevar la noticia con tanto retraso al jefe de los eunucos, que le mandó decapitar cuando se lo comunicó en la cuarta noche, la última del mes del ayuno, y se apresuró a dar la noticia a Halip.

Ella corrió despavorida al palacio y mandó abrir las altas puertas de nogal. Avanzó, decidida y temerosa al mismo tiempo, hacia el interior del recinto y tras atravesar diversas salas lo encontró en un rincón, reclinado en un diván, con un libro sobre sus rodillas. Casi dio un suspiro de alivio al verlo, pero de inmediato observó su palidez y la falta de respuesta ante el ruido provocado por su acceso precipitado. Se acercó temerosa y comprobó con enorme dolor que el cuerpo estaba frío y rígido como el mármol de la columna en que logró apoyarse para no caer desmayada.

Cuando salió de la biblioteca el frío hieratismo de la piedra se había contagiado a su rostro.

El médico de palacio acudió para testificar que fue una muerte natural. Simplemente, el corazón había dejado de latir.

Ordenó el traslado del cuerpo. Lo preparó junto a sus esclavas para la sepultura, siguiendo los preceptos de Mohama, que él tanto respetaba. Durante dos días esperó para el entierro y mantuvo su rostro limpio de maquillajes y seco de lágrimas y su mirada perdida. Desoyó los rumores de envenenamiento que apuntaban al visir o al jefe de los eunucos o a los cristianos de Constantinopla que habrían impregnado los libros con jugo de belladona.

Ella conocía a los culpables y había dado en secreto su sentencia.

El Cairo se estremeció cuando subió la primera columna de humo.

Fue densa y alargada. Como si todo el edificio ardiera al mismo tiempo.

El amanecer se tiñó de negro.

Momentos antes, Halip había abandonado la biblioteca, tras sacar uno a uno todos los rollos de sus labrados estantes y hacer con ellos un enorme montón alargado que recorría todas las estancias. Volcó sobre ellos las lámparas de aceite que debían alumbrar a los lectores y los prendió con la antorcha vengadora.

Se había encerrado durante toda la noche tras dar la orden de que nadie la molestara.

Maldijo uno a uno los libros que le habían arrebatado el amor de su esposo, primero, y habían acabado con él después.

Ahora cerraba de nuevo las altas puertas de nogal, daba orden de desalojar el palacio y subía solitaria a los más altos pisos de la vivienda para ver la ejecución de sus enemigos en una venganza estéril, que ya no le devolvería su amor, pero al menos le servía de consuelo el saberlos reducidos a ceniza y polvo, también ellos.